

Seminario de Ana Quiroga.

SUJETOS SOCIALES Y MODERNIZACION

• Una visión crítica y propositiva de la modernidad en A. Latina, que considere la equidad como requisito para la otredad, es indispensable si no queremos llegar a los niveles de conflicto de otros lugares del mundo. Ni siquiera la competitividad económica es sostenible si siguen creciendo las distancias sociales.

Hacia fin de siglo hay dos hechos sociológicos importantes en la vida colectiva de la sociedad latinoamericana: la modernización experimentada fue trunca

y excluyente. Sin embargo, permitió, en las recientes décadas de vivencia democrática, el reconocimiento social de la diversidad cultural y el derecho a la diferencia.

En general, la fuerza de la modernización no guardó relación positiva con los procesos de integración sociocultural que suponían los distintos utopistas del progreso. No obstante, las consecuencias y resultados fueron distintos en algunas partes respecto de otras; así, por ejemplo, en los países occidentales desarrollados la modernización, como proyecto utópico que asociaba progreso técnico y económico con el fin del oscurantismo, también fracasó, pero los resultados en términos de integración social fueron mayores que en América Latina. En este continente la modernización, además de inconclusa, fue más excluyente que en los países del sudeste asiático, de Europa o de América del Norte y, por lo general, fue una racionalización socialmente impulsada desde afuera y desde arriba.

FERNANDO CALDERON
Doctor en Sociología,
Asesor en Desarrollo Humano,
Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo

Por eso, además de trunca, también fue una modernización dependiente sustentada en una dominación relativamente elitista, muy a menudo autoritaria.

Sin embargo, este anaerónico proceso de modernización permitió en las últimas décadas un extraordinario dinamismo de expansión multicultural, a veces democrática, otras no, centrado en la búsqueda del reconocimiento de la diferencia. Búsqueda no tanto en términos de una nueva producción postmoderna, sino más bien en términos del reconocimiento de una condición de existencia para enfrentar los avatares de un nuevo impulso modernizador, esta vez proveniente de una complejidad social sustentada en la información, la comunicación, la gestión organizativa y la programación.

Estos hechos, además, colocaron sobre el tapete histórico tanto la conjugación de una democracia política con una social, como también muy especialmente la cuestión de la otredad en sociedades con fuertes rasgos facciosos y excluyentes. En realidad, en América Latina, como en otras partes del mundo, los nuevos conflictos surgen y tienden a desarrollarse en el ámbito de

la reproducción cultural, la integración social y la cotidianidad de la vida colectiva, y con esto los propios parámetros de la evolución moderna cambian.

En América Latina, la construcción de la otredad está directamente asociada con las posibilidades de una recuperación crítica de la memoria histórica y de una construcción institucional, derivada de un consenso democrático que permita una modernización socialmente incluyente, en el marco de tradiciones adversas y condiciones internacionales y nacionales difíciles.

En lo que sigue del texto trataré de analizar algunos de estos aspectos en relación con cuatro temáticas que me parecen fundamentales. La primera, con relación a la cultura del otro en la memoria histórica de las sociedades latinoamericanas; la segunda, en torno a la transgresión populista y los nuevos comportamientos colectivos; la tercera, respecto de las tensiones actuales entre modernización y subjetivación; y la cuarta, en función de la construcción ciudadana y el multiculturalismo.

LA MEMORIA Y LA CUESTION DEL OTRO

Las sociedades latinoamericanas son histórica y culturalmente diversas. Su diversidad -como reiteradas veces ha afirmado Carlos Fuentes- emana de una matriz socio-cultural de base indo-afro-europea que, a lo largo del tiempo y en varios ciclos históricos, fue creando un complejo tejido cultural expresado en una variedad de mundos de vida que, conflictiva o integralmente, se han constituido principalmente en relación con las culturas occidentales, pero también con culturas africanas y orientales. Precisamente en este juego intercultural radica la especificidad cultural latinoamericana, que en buena medida trasciende los espacios políticos nacionales, pero que marca sus características particulares.

Así, el perfil socio-cultural latinoamericano se caracteriza por la presencia de clases sociales casi nunca plenamente estructuradas, élites políticas y sociales permanentes desde el período colonial, sociedades regionales en pugna constante con el poder central, convivencia de ideo-

logías nacionalistas con ideologías extranje-rizantes, minorías nacionales o culturales escasamente reconocidas en el sistema político de toma de decisiones, mayorías étnicas indígenas y africanas culturalmente discriminadas. La misma noción de individuo es culturalmente ambivalente y la ciudadanía no acaba de plasmarse ni como un valor central ni como un sistema institucional metamórficas, ambiguas y diversas de las identidades culturales latinoamericanas.

Es sobre esta marca cultural que se han desarrollado los conflictos, los avances y los retrocesos igualitarios y libertarios más importantes, sin lograr empero constituirse una cultura de la diversidad y del reconocimiento pleno de la otredad; más bien, la relación con el otro, distinto de sí mismo, ha sido una relación histórica de constante negociación¹. Este hecho nació con la conquista, mutó y se prolongó de distinta manera con la república y con las distintas fases históricas que vivieron las sociedades latinoamericanas. La negación del otro tiene varias facetas. Por un lado, las élites diferencian el otro de sí mismas y enseguida lo desvalorizan proyectándolo como inferior: mujer, indio, negro, mestizo, marginal urbano, campesino, etcétera. Por otro lado, el otro puede ser también extranjero, percibido como amenazador de la propia identidad desde afuera. Paradójicamente, las élites, si bien han negado al otro, también se han identificado con él de manera crítica y emuladora, especialmente si ese otro es europeo o estadounidense. Sociológicamente se ha generado aquello que Germani denominó efectos de fusión, en el sentido de que las élites asimilan y usan valores modernos para reafirmar su dominio de tipo conservador².

Desde el punto de vista del negado -o más precisamente seminegado- la negación se vive con más de una faceta. A veces se identifica plena-

¹ Para un análisis de la dialéctica de la negación del otro véase: F. Calderón, M. Hopenhayn y E. Ottono, 1993, "Hacia una perspectiva crítica de la modernidad: las dimensiones culturales de la transformación productiva con equidad", CEPAL, Documento de Trabajo N° 21, 1993, Santiago de Chile.

² El concepto de efecto de fusión fue desarrollado por G. Germani en *Política y Sociedad en una época en transición*, Buenos Aires, 1964.

mente con la negación, cercando la propia identidad; otras veces se la vive como una asimilación deseada, pero nunca plenamente realizada. Pero también está la identidad gestada en la resistencia y en la asimilación crítica observable en gran parte de los movimientos culturales.

Esta cultura de la negación de la diferencia ha sido el principal límite a la otredad y por ende a la democracia en América Latina, pues impidió tanto el reconocimiento del individuo o la comunidad -que necesariamente se tienen que constituir en relación con el otro-, como también el enfrentamiento pleno y auténtico de los avatares de la razón moderna.

En este contexto, enfrentar las vivencias y razonamientos de la modernidad hoy en crisis, y su posible proyección en el tiempo, demanda la aceptación plena de los tejidos culturales propios de la región como condición básica para superar la cultura de la negación

del otro. Estos tejidos se fueron construyendo históricamente y hoy día coexisten de manera vital en la subjetividad de las sociedades nacionales. Incluso en algunos momentos de catarsis, como en los carnavales, reaparecen viejos fantasmas del período colonial que, como una especie de pintimantos de arcanos enadros, recuerdan aquellas situaciones traumáticas que se

vivieron y que, aún más, se pueden asimilar. Quizás por esto el muralista mexicano Orozco semenció en sus memorias: "No sabemos aún quiénes somos, como los enfermos de amnesia".

En este sentido, la reconstitución de identidades históricas en la actual coyuntura democrática -de crisis de la modernidad y de internacionalización de la cultura- plantea la cuestión del reconocimiento colectivo de la memoria de experiencias compartidas, de la memoria de la diferencia con otros y de la memoria de los resultados de los conflictos vividos.

En la actualidad, dicha reconstitución tiene como referente fundamental la subjetividad nacional-popular o populista, gestada en los regímenes nacional-populares. Dicha subjetividad marcó un momento de reencuentro de experiencias e identidades históricas y de meta-relatos desarrollistas, en los ámbitos de una ideología nacionalista. La evaluación crítica de dichas experiencias y su relación con los actuales procesos de subjetivación y modernización constituye uno de los desafíos más acuciantes de la sociología latinoamericana contemporánea¹.

TRANSGRESION POPULISTA Y NUEVAS ORIENTACIONES COLECTIVAS

América Latina no alcanzó, bajo los regímenes nacional-populares, las metas de modernización y desarrollo que se propuso, pero tampoco podrá evolucionar en la modernidad sin asumir lo que

estos regímenes hicieron de ella. No existe en el plano de la subjetividad la más mínima posibilidad de una política *del horror y cuenta nueva*, o de shocks subjetivos.

Los mismos procesos que precedieron a estos regímenes -como aquellos referidos a la crisis económica, a la dualización social, al ejercicio dictatorial, a la reconversión industrial y la internacionalización cultural, al

ajuste económico, a los nuevos comportamientos sociales y a la valorización y transición a la

«Esta cultura de la negación de la diferencia ha sido el principal límite a la otredad y por ende a la democracia en América Latina».

¹ J.C. Orozco, 1970, Autobiografía, Era, México.

² La actual bibliografía ha desarrollado algunos de estos aspectos; véase A. Touraine, 1988, *La parole et le sang*, Editions Odile Jacob, Paris. En este texto se retoma la discusión latinoamericana más significativa; sin embargo, los aspectos socioculturales e históricos de la problemática aún no han sido suficientemente trabajados. Un interesante avance lo constituye N. García Canclini, 1990, *Culturas híbridas*, Ed. Grijalbo, México. Véase también F. Calderón y M. dos Santos, 1993, *Sociedades sin alajos*, Ed. Paidós, Buenos Aires (en prensa).

democracia- Hevan sobre sus espaldas este habitus, en el sentido de Bordieu, que se heredó de los regímenes nacional-populares. La cuestión consiste en saber cuáles son las oportunidades de una transgresión de esta subjetividad hacia la constitución de una cultura y una subjetividad democrática acorde con los impulsos del proceso de modernización.

No es evidente que esto pueda ser, pues si bien los contextos políticos y económicos nacionales e internacionales han cambiado y la fuerza de los lazos del comunitarismo nacionalista se han debilitado -como también las utopías que los alimentaban- no es menos cierto que la agudización de los dinamismos de diferenciación social y en especial de expansión de la pobreza -particularmente en las áreas urbanas- sientan las bases para el desarrollo, en distintos contextos sociohistóricos, de nuevos escenarios neopopulistas en la región. En realidad, las posibilidades de desarrollo de nuevas formas neopopulistas están asociadas con los fracasos de la democracia y de una modernización económica incluyente.

De todas maneras conviene señalar que la evolución histórica dependerá de la evolución de los conflictos y de los consensos democráticos que puedan construir los actores sociales y políticos en cada realidad nacional. La transgresión populista depende en este sentido de la capacidad de los sujetos políticos de superar la cultura de la negación del otro y, especialmente, la práctica del clientelismo burocrático, de remontarlas a partir del reconocimiento crítico de sus propias experiencias en el pasado y de la capacidad de proyectarse, en el futuro, en los ineluctables e inciertos dinamismos de la modernización.

En lo que sigue no exploraremos las fuertes tendencias hacia una reconstitución neopopulista autoritaria, sino más bien la problematización de una transgresión con dirección democrática.

Un fenómeno creciente expansivo que resulta fundamental en la caracterización de este proceso socioeconómico y en la construcción de la nueva subjetivación latinoamericana, es el referido al impacto cultural de la economía de mercado, los patrones de consumo internacionalizado y la simbología que les acompañan. En

algunos casos, esta tendencia se ha visto asociada con una suerte de revolución conservadora o, más bien, como el resultado de ajustes y medidas económicas exitosas por parte de gobiernos autoritarios y élites tradicionales de tipo señorial. En otros, con el aumento de los deseos consumistas acompañados por el incremento de la miseria.

En realidad, se trata de la expansión de la sociedad de consumo que tiende a fusionarse con las pautas conservadoras de las élites

dirigentes y las tendencias enajenantes de la sociedad de masas; no obstante, dicha expansión también ha introducido una cierta racionalización e internacionalización que permite objetivar las distancias sociales. Es en este y contra este marasmo que se empiezan a gestar las nuevas prácticas colectivas en la región.

En este clima, el tema de la capacidad de los actores políticos y socioculturales para impulsar críticamente una transformación que vincule democracia con modernización es decisivo, como lo es también la fuerza de la cultura y la subjetividad que los pueda movilizar.

En este sentido, conjuntamente con los procesos de diferenciación y transformación del perfil económico y político de la región, se viene operando una serie de cambios en el comportamiento

«La evolución histórica dependerá de la evolución de los conflictos y de los consensos democráticos que puedan construir los actores sociales y políticos en cada realidad nacional».

to de los actores y en la subjetividad de las sociedades. Así, es posible visualizar la gestión de una nueva subjetividad vinculada a nuevos comportamientos socioculturales emergentes.

Se trata de nuevas prácticas colectivas asociadas tanto con los procesos de descomposición y segmentación social producidos por la crisis económica y la fase histórica anterior, como con los cambios suscitados por la modernización a escala nacional, regional e internacional. Se trata de movimientos con una fuerte carga monádica, cuyos principales rasgos están fuertemente asociados a la producción de nuevos valores e identidades culturales, centrados más en la sociabilidad y en la cotidianeidad que en el acceso al poder político, y a menudo vinculados con la resistencia ante los procesos de empobrecimiento social, pero también con los cambios en la sociedad moderna.

Sin embargo, es fundamental reconocer que son prácticas y valores por lo general restringidos, que no alcanzan a oponerse a la lógica del poder y de la modernización; quizás tan sólo logran convivir con ellas.

Dichas prácticas no tienen fines predeterminados; ellas mismas están plenas de tensiones y posibilidades tanto de recreación social como de descomposición. Asimismo, pueden evolucionar tanto hacia formas desarrolladas de acción colectiva como hacia la anomia y la configuración de antimovimientos sociales mesiánicos y/o neopopulistas. Las luces y las sombras son partes vivas de la dinámica de estos movimientos⁵.

Históricamente, estos nuevos comportamientos se empezaron a expandir en la década de los ochenta, y estuvieron fuertemente vinculados tanto con los procesos de democratización como con la crisis del ciclo estatal y los procesos de ajuste y reestructuración económica.

Un antecedente muy importante -sobre todo para los países que salían de la larga noche dictatorial- fue la construcción de una particular sub-

jetividad en la vida cotidiana, puesto que los regímenes autoritarios -que también expandieron, adecuaron o mantuvieron el sistema patrimonial-corporativo- destruyeron o limitaron la participación social, la vida privada, como también provocaron incomunicación social; esto sucedió en el plano nacional y también, relativamente, en el plano internacional.

En estos últimos años, a pesar de la fuerza de la sociedad de consumo, una buena parte de la población expandió las vinculaciones cara a cara y se establecieron o restablecieron redes mínimas de solidaridad y socialización a escala micro. Esto también sucedió en sociedades donde se logró mantener el juego democrático, pues éste se alejó crecientemente de la cotidianeidad de las sociedades, ya que el mismo sistema burocrático-clientelar que los alimentaba se contrajo considerablemente por la crisis económica.

El clima cultural y económico, la mantención de democracias censitarias en varios casos y las políticas autoritarias, generaron un alto nivel de incomunicación, no sólo en la sociedad, sino también entre ésta y sus principales sistemas de representación e intermediación, como los sindicatos y los partidos políticos, fuesen éstos nacional-populares, clasistas o de cualquier índole. Es bajo esta dinámica que se opera el retorno y la valorización de la democracia, tanto como lógica institucional cuanto como forma de vida.

De manera muy sintética y esquemática, y para los fines del presente artículo, es posible considerar dos tipos no excluyentes de orientaciones colectivas emergentes en relación con los procesos de democratización y modernización. Se trata de acciones reactivas y proactivas de los actores socioculturales.

El primer tipo de orientación se desarrolló en estos espacios de frustración y resistencia, tanto de los resultados de la modernización como los nuevos impulsos de la misma. Así, se gestó una serie polivalente de comportamientos de resistencia y búsqueda de asimilación particularista y restringida de la vida moderna. Las experiencias de buena parte del movimiento obrero, campesino y comunitarista urbano, esta-

⁵ Para una discusión sobre el tema véase: A. Escobar y S. Alvarez (comps.), 1992, *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy*. Westview Press, Boulder, San Francisco, Oxford.

rían adscritas a este tipo de acción colectiva, como también lo están su búsqueda de adaptación y los procesos de expansión cultural y reconversión económica.

Un segundo tipo, los proactivos, estaría constituido por aquellas expresiones colectivas que más bien son el resultado de los actuales procesos de modernización, a los que, de alguna manera, impulsan participando de ellos de manera crítica. De este tipo serían las acciones colectivas o movilizaciones orientadas a la ética, la educación y el conocimiento, al consumo, la empresa, la descentralización, la ecología, el género, la religión, lo étnico-cultural y, en general, las de tipo simbólico expresivo. Es decir, aquellas que tienden a revalorizar críticamente la vida moderna y a asumir sus diversas identidades culturales.

Ciertamente, parece ser que estas dos orientaciones (que no son estancos socialmente estructurados, sino más bien transversales al conjunto de las subjetividades sociales).

Existe en todo esto un fenómeno cultural singular que afecta al conjunto de los procesos narrados: aquél vinculado a la industria y al mercado culturales. En los últimos años, como varios especialistas lo han señalado⁴, se viene produciendo una transformación del campo cultural proveniente del ciclo estatal anterior, tanto en los niveles de la industria cultural como en la producción de sentido, tal cual insinuamos párrafos arriba. A diferencia de lo socioeconómico, en el mercado cultural no existe una exclusión simbólica generalizada; existen más bien procesos de

complejización y transformación de la industria y de los mercados culturales, especialmente derivados de la internacionalización de los medios de comunicación de masas que se interconectan de manera inédita con los procesos de subjetivación señalados.

Como se sabe, la constitución de redes comunicacionales logró una integración fantástica a escala planetaria, y esto modifica en todas partes los dinamismos culturales preexistentes. Así, si bien en el pasado cercano la industria y la reproducción de la subjetividad nacional-popular más o menos organizaban el campo cultural, el nuevo dinamismo comunicativo y del mercado cultural hacen hincapié en relaciones instantáneas que pueden ser sustituidas rápidamente por otras imágenes y relaciones también fugaces.

Ciertamente, éste es uno de los problemas más acuciantes en la construcción de subjetividades, en las sociedades contemporáneas. La cuestión radica en auscultar las posibilidades de una subjetivación crítica por parte de estos actores respecto de la sociedad de consumo, y de su capacidad de alternativa comunicativa entre emisores y receptores. Algunas experiencias se vienen sucediendo; empero, por el momento éste es un tema escasamente analizado en la región.

El argumento central que hemos tratado de desarrollar hasta aquí afirma que la construcción de nuevas orientaciones de la acción colectiva en América Latina está más concentrada en la crítica al consumismo y la creación de relaciones de afirmación y sociabilidad sociocultural, que en la formulación de meta-proyectos de cambio histórico o político; consiguientemente, lo

«La construcción de nuevas orientaciones de la acción colectiva en América Latina está más concentrada en la crítica al consumismo y la creación de relaciones de afirmación y sociabilidad sociocultural, que en la formulación de meta-proyectos de cambio histórico o político».

⁴ Véase, por ejemplo, N. García Canlini, 1989, op. cit.

que se empieza a crear o modificar es la subjetividad social.

MODERNIZACION Y SUBJETIVACION

La relación entre modernización y subjetivación constituye un tema decisivo. La modernización (y sus múltiples efectos sociales) sería una fuerza central del cambio. Sus características principales son la generación de un proceso acelerado de secularización social -con el consiguiente proceso de desencantamiento del mundo y de desacralización de la historia-, el predominio de acciones electivas basadas en criterios instrumental-rationales, la capacidad de adaptación al cambio y su capacidad de institucionalización -sometida también a la lógica instrumental mencionada- y, muy especialmente, a la diferenciación y especialización de papeles e instituciones. La modernidad sería la tensa conjugación de aquella secularización con una subjetividad centrada en valores de libertad, reproducción cultural e integración social. Desde esta óptica, es errado separar ambos términos como bien señalaba Adorno, "porque sin el espíritu subjetivo que surge de lo nuevo, tampoco cristaliza una

modernidad objetiva".

Sin embargo, en el período actual la modernización tiende a minar crecientemente las bases de los lazos sociales, de los valores y las reglas del juego institucional, de las creencias, los imaginarios y los significados de las metas de las sociedades y actores sociales contemporáneos. La modernización, en síntesis, mina la base subjetiva que cohesiona la sociedad moderna.

En este sentido, no es casual que una de las principales problemáticas de la sociología del actor sea la de las opciones y posibilidades de la subjetivación social frente a la modernización; o para decirlo de otra manera, la cuestión sería tratar de comprender: ¿cómo reconstituir los lazos y los consensos sociales y cuáles son las tendencias emergentes?, o ¿cómo es posible la integración social y la construcción de la alteridad entre actores e individuos distintos, dadas las características de un proceso de modernización socialmente excluyente, principalmente en las sociedades periféricas?".

Analizado este problema desde la óptica de la acción latinoamericana, quizás ya no se trataría -para las sociedades y sus actores sociales- de auscultar únicamente las posibilidades de una reinsertión fecunda en los procesos de reestructuración económica en el mercado mundial, o de participar activamente en la globalización de la economía y el mercado cultural, sino de empezar a dar cuenta de la emergencia de un nuevo tipo de modernización que sería la punta del iceberg de un nuevo tipo de sociedad, sociedad que cada vez organiza más sus relaciones socia-

¹T.W. Adorno, 1983, Teoría estética. Ed. Orbis, Buenos Aires, p. 45. Por su parte, Habermas sugiere que históricamente "Lo moderno aparece en todos aquellos periodos en que se formó la conciencia de una nueva época, modificando su relación con la antigüedad y considerándose a un modelo que podía ser recuperado a través de imitaciones", J. Habermas, 1989, "Modernidad, un proyecto incompleto", en N. Casullo (comp.), 1989, El debate modernidad postmodernidad, Ed. Puntosur, Buenos Aires, p. 132. A. Touraine trabaja la idea de una sociedad moderna como aquella que transforma lo antiguo en moderno sin destruirlo, aquella donde la religión (y la subjetividad en general) sea menos una ligazón comunitaria y más un llamado a la conciencia que cuestione los poderes sociales y enriquezca el movimiento de la subjetivación; A. Touraine, 1992, Critique de la modernité, Ed. Fayard, Paris, p. 371. Respecto de la secularización, el mismo autor afirma que en ella el hombre divino es reemplazado por el hombre sujeto; A. Touraine, 1992, op. cit. pp. 55, 269 y 314. Véase también G. Germani, 1985, "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna", en CLACSO, 1995, Los límites de la democracia, Buenos Aires. Germani llega incluso a postular, con sólidos argumentos, que la fuerza de la secularización es tal que al minar los núcleos de integración valórica de la sociedad moderna y al concentrar las decisiones en la élites se estarían sentando las bases para un nuevo autoritarismo altamente racional. En este sentido, el autoritarismo sería una consecuencia de la modernización. Véase en el mismo texto de CLACSO la polémica que este artículo suscitó.

²Este es un problema clásico de la sociología que hoy día, a raíz de los cambios acaudados, tiende a resignificarse. Por ejemplo, Habermas retoma críticamente el pensamiento de Mead y Durkheim. Así, él considera que la conciencia colectiva, que retoma críticamente los desafíos de la modernización, puede comprenderse como un consenso por el cual la identidad de la colectividad se constituye de hecho. La cuestión es cómo este hecho, que está en el imaginario, se institucionaliza. Para Durkheim, el nacimiento de todas las instituciones se realiza a partir del espíritu de la religión; J. Habermas, 1987, Théorie de l'agir communicationnel, Ed. Fayard, Paris, especialmente pp. 52-87. Touraine realiza un análisis del mismo tipo respecto de Marx, Freud y Neitszsche en Critique de la modernité, op. cit. Véase G. Germani, op. cit., y la plural compilación de H. Haferkamp y N. Smelser, 1992, Social change and modernity, University of California Press.

les con base en relaciones de información, conocimiento y comunicación.

Esta sociedad programada, informacional, del conocimiento o postindustrial -como varios autores la han definido- implicaría la concentración de decisiones y de la producción de conocimientos en empresas transnacionales, que acumulan tanto la información como la capacidad de procesarla y que principalmente genera una expansión consumista avasalladora.

En este tipo de sociedad, el factor principal de la productividad y de la organización giraría en torno de la producción y el control del conocimiento⁹.

Desde hace tiempo, Alain Touraine viene elaborando una teoría sobre la sociedad programada, que sería aquella "con capacidad de crear modelos de gestión de la producción, la organización, la distribución y el consumo, de manera que semejante sociedad aparezca en todos los niveles de funcionamiento como producto de una acción ejercida por la sociedad sobre sí misma y por sistemas de acción social". Mas recientemente, como "aquella donde la producción y la difusión masiva de medios culturales ocupan una plaza central que fue ocupada por los bienes materiales de la sociedad industrial. Lo que fueron la metalurgia, lo textil, la química y las industrias eléctricas y electrónicas en las sociedades industriales, en la sociedad programada lo son la producción y difusión de conocimientos, los cuidados médicos, las informaciones, es decir la educación, la salud y los medios"¹⁰.

Desde una perspectiva referida a una de las sociedades con mayor grado de acceso a la informática, la sociedad japonesa, S. Hayashi¹¹ señala que la sociedad informacional se caracterizaría por un alto nivel de consumo e información en todas las esferas de la vida social, un desarrollo tecnológico asociado al procesamiento de la información, una valorización social creciente de la información y un crecimiento acelerado del valor agregado al producto que contiene información.

Parecería que la tesis que expresan estos argumentos, sería que un proyecto emancipatorio de modernidad sólo podría provenir de una com-

prensión crítica de la sociedad programada, y con esto nuevamente se plantea la vieja cuestión de la construcción sociocultural de la ética en sociedades de cambio rápido.

Pero atención: ciertamente, tanto la sociedad emergente cuanto los conceptos que se introducen, sin lugar a dudas con extraordinaria lucidez, son todavía precarios e insuficientes, por lo menos para entender los cambios en las sociedades latinoamericanas. En el presente texto solamente se persigue lograr una provocación que permita la discusión y la renovación de una problemática que nos ayude a reflexionar sociológicamente acerca de las posibilidades futuras de una relación fecunda entre subjetividad y modernización, a partir de nuestras especificidades latinoamericanas.

EXPANSION CIUDADANA, POLITICA Y CONSENSO MULTICULTURAL

En el plano político, las relaciones entre modernización y subjetividad se expresan en el deterioro de las relaciones subjetivas antedichas y en su escasa representación en el sistema político, la debilidad de representación de los partidos políticos y de sus programas, y la construcción instrumental de los escenarios más o menos generalizados de la pérdida relativa de una racionalidad política sustantiva.

Consiguientemente, los procesos de modernización en los planos político y social tienden a minar de manera creciente las bases de los lazos sociales, de los valores y los imaginarios de las sociedades y actores contemporáneos. En síntesis, parece ser que el actual proceso de modernización mina la subjetividad política que cohesionaba a la sociedad; aún más, es posible

⁹ Véase M. Castells, 1989, *The Informational City: Information, Technology, Economic Restructuring, and The Urban Regional Process*, Basil Blackwell, Cambridge-Massachusetts. Véase desde una perspectiva latinoamericana, CEPAL, 1992, *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile.

¹⁰ A. Touraine, 1987, *El regreso del actor*, Ed. Buenos Aires, p. 142; y del mismo autor, 1992, op. cit., p. 249.

¹¹ S. Hayashi, 1987, *The Japanese Model for the Informational Society*, University of Tokio Press.

encontrar, quizás con más fuerza que en el pasado, importantes tendencias a la homogeneización de la denominada clase política. Parece que la política tiende predominantemente a instrumentalizarse y a homogeneizar a los diversos actores políticos, mientras que la sociedad se complejiza y diversifica.

La cuestión consiste en auscultar las posibilidades de emergencia de una conciencia colectiva que reconstruya críticamente los desafíos de tal modernización.

¿Cómo, pues, vincular los procesos de subjetivación narrados -o el multiculturalismo que expresan las nuevas sociabilidades en la región- con la política? O, expresado de otro modo, ¿es posible una articulación entre el multiculturalismo emergente y la ciudadanía en los actuales procesos de modernización?

La respuesta es dilemática, pues por un lado esto implicaría la asunción por parte del conjunto de los actores de un valor consensual referido al reconocimiento universal de la ciudadanía. Dicho reconocimiento se expresaría en el logro de la institucionalización de un valor común que suponga el derecho a tener derecho a subjetividades propias. Este razonamiento implica que sólo en la medida en que los valores ciudadanos universales sean asumidos colectivamente, se podrán expandir las identidades particulares, tanto individuales como colectivas. Seguramente esto implicaría la constitución de un proyecto de modernidad destinado a eliminar la dialéctica de la negación del otro y asumir en plenitud el multiculturalismo y la otredad latinoamericanas, como una fuerza ética de la misma sociedad.

Sin embargo, por otro lado existen límites duros, establecidos por: a) la propia lógica de la modernización y específicamente por la técnica creadora del cambio, que tiende a concentrar decisio-

nes en élites tecnocráticas; b) el incremento de los procesos de exclusión y marginación social -el abismal crecimiento de la miseria está asociado también con la pérdida de los lazos sociales-; c) la presencia de identidades duras o irreducibles, del tipo mesiánico, que por su propia consistencia niegan la otredad y la tolerancia y, muy especialmente, d) la dinámica y la ideología hiper-racionalista del mercado y la sociedad de consumo.

Quizás, vale la pena reafirmar la presencia de ese elemento adicional que modera las tendencias señaladas; es decir, el desarrollo de movimientos éticos en la política y en la sociedad referidos a la ética de la responsabilidad social, al derecho a la diferencia, a opciones de vida comunitaria de la más variada índole y, muy particularmente, a la idea de que desarrollo y modernización son un bien común que se construye con OTROS. Esto replantea la temática del consenso

«Sólo en la medida en que los valores ciudadanos universales sean asumidos colectivamente, se podrán expandir las identidades particulares, tanto individuales como colectivas».

sobre la base de aquello que Pizzorno denominó cultura de la solidaridad procesal¹² en la cual los enemigos se convertirían en jugadores. Semejante consenso implicaría, cuando menos, un método para resolver las diferencias en función de la argumentación y la alteridad. Habermas¹³ ha sugerido que esto implicaría la comprensión de la racionalidad democrática como un asunto de procedimientos que van más allá de una lógica meramente instrumental, que se fundarían sobre todo en la fuerza de una convicción derivada de consensos obtenidos en función de un debate sustentado en argumentos y, así, la deliberación intersubjetiva entre los acto-

¹² A. Pizzorno, 1985, "Sobre la racionalidad de la opción democrática", en CLACSO, 1985, op. cit.

¹³ J. Habermas, 1987, *Théorie de l'agir communicationnel*, Ed. Fayard, París, tomo II, pp. 412 ss.

encontrar, quizás con más fuerza que en el pasado, importantes tendencias a la homogeneización de la denominada clase política. Parece que la política tiende predominantemente a instrumentalizarse y a homogeneizar a los diversos actores políticos, mientras que la sociedad se complejiza y diversifica.

La cuestión consiste en auscultar las posibilidades de emergencia de una conciencia colectiva que reconstruya críticamente los desafíos de tal modernización.

¿Cómo, pues, vincular los procesos de subjetivación narrados -o el multiculturalismo que expresan las nuevas sociabilidades en la región- con la política? O, expresado de otro modo, ¿es posible una articulación entre el multiculturalismo emergente y la ciudadanía en los actuales procesos de modernización?

La respuesta es dilemática, pues por un lado esto implicaría la asunción por parte del conjunto de los actores de un valor consensual referido al reconocimiento universal de la ciudadanía. Dicho reconocimiento se expresaría en el logro de la institucionalización de un valor común que suponga el derecho a tener derecho a subjetividades propias. Este razonamiento implica que sólo en la medida en que los valores ciudadanos universales sean asumidos colectivamente, se podrán expandir las identidades particulares, tanto individuales como colectivas. Seguramente esto implicaría la constitución de un proyecto de modernidad destinado a eliminar la dialéctica de la negación del otro y asumir en plenitud el multiculturalismo y la otredad latinoamericanas, como una fuerza ética de la misma sociedad.

Sin embargo, por otro lado existen límites duros, establecidos por: a) la propia lógica de la modernización y específicamente por la técnica creadora del cambio, que tiende a concentrar decisio-

nes en élites tecnocráticas; b) el incremento de los procesos de exclusión y marginación social -el abismal crecimiento de la miseria está asociado también con la pérdida de los lazos sociales-; c) la presencia de identidades duras o irreductibles, del tipo mesiánico, que por su propia consistencia niegan la otredad y la tolerancia y, muy especialmente, d) la dinámica y la ideología hiper-racionalista del mercado y la sociedad de consumo.

Quizás, vale la pena reafirmar la presencia de ese elemento adicional que modera las tendencias señaladas; es decir, el desarrollo de movimientos éticos en la política y en la sociedad referidos a la ética de la responsabilidad social, al derecho a la diferencia, a opciones de vida comunitaria de la más variada índole y, muy particularmente, a la idea de que desarrollo y modernización son un bien común que se construye con OTROS. Esto replantea la temática del consenso sobre la base de aquello que Pizzorno denominó cultura de la solidaridad procesal¹² en la cual los enemigos se convertirían en jugadores. Semejante consenso implicaría, en todo menos, un método para resolver las diferencias en función de la argumentación y la alteridad. Habermas¹³ ha sugerido que esto implicaría la comprensión de la racionalidad democrática como un asunto de procedimientos que van más allá de una lógica meramente instrumental, que se fundarían sobre todo en la fuerza de una convicción derivada de consensos obtenidos en función de un debate sustentado en argumentos y, así, la deliberación intersubjetiva entre los acto-

«Sólo en la medida en que los valores ciudadanos universales sean asumidos colectivamente, se podrán expandir las identidades particulares, tanto individuales como colectivas».

¹² A. Pizzorno, 1985, "Sobre la racionalidad de la opción democrática", en CLACSO, 1985, op. cit.

¹³ J. Habermas, 1987, *Théorie de l'agir communicationnel*, Ed. Fayard, Paris, tomo II, pp. 412 ss.

yecta la tradición y la cohesión familiar a la empresa. En ambos casos, el nacionalismo y la estabilidad interna fueron metas concurrentes a menudo xenóforas¹⁴.

América Latina, felizmente, no ha alcanzado los niveles de conflicto por causas culturales de otros lugares del mundo; empero, se le viene planteando una serie de problemas que pueden evolucionar en ese sentido. Precisamente por eso, es importante una visión crítica y propositiva de la modernidad. América Latina, al decir de Alain Rouquié, sería el extremo occidental, es decir un territorio cultural donde confluyen Occidente y Oriente y, por consiguiente, un lugar definido por la luminosidad de los bordes, un lugar que apela a una reconstitución cultural creativa a partir de sus símbolos y valores propios y diversos que provienen de una matriz histórica indo-afro-europea de origen colonial que se rehace, desde entonces, continuamente, y a la que los avatares de una modernidad excluyente le impidieron una evolución plena.

Asumir los juegos interculturales propios, y superar una cierta cultura de la exclusión, constituye una de las bases fundamentales para enfrentar creativamente los desafíos de la emergente sociedad. En el mismo sentido, parece plausible postular que un prerrequisito para el logro de un desarrollo democrático, es que los actores políticos construyan los

pactos necesarios de desarrollo en función de las subjetividades socio culturales existentes.

Una cultura política de solidaridad procesal supone al consenso como resultado de negociaciones interactivas entre los distintos actores involucrados, pero además implica el comportamiento secularizado de los actores del desarrollo como única forma de plasmar acuerdos compartidos que respeten las distintas especificidades culturales. Esto implica que, necesariamente, los pobladores de un país determinado tienen que reconocerse en primer lugar como ciudadanos, como miembros de una comunidad política capaces de ser actores de una sociedad moderna.

Sin embargo, comprender este estilo cultural y proponer en diálogo pautas de modificación supone el reconocimiento de una serie de trabas, como aquellas referidas a la persistencia y renovación de orientaciones señoriales de hacer política y al clientelismo burocrático de que hacíamos mención más arriba. También implica reconocer la persistencia de estilos empresariales imitativos, de comportamientos sindicales monádicos, de culturas políticas conspirativas y, muy especialmente -dadas las características de la sociedad de consumo-, de pautas culturales imitativas y de recepciones del cambio tecnológico en función de efectos demostrativos, y no del aprovechamiento de las potencialidades de cada empresa y de cada sociedad nacional.

Este es un problema extremadamente complejo, dadas las variadas características nacionales e históricas de las sociedades latinoamericanas. Los significados y símbolos culturales pueden llegar a ser disímiles y difíciles de reconocer en un sistema institucional renovado, particularmente cuando la diversidad cultural de un país

«Asumir los juegos interculturales propios, y superar una cierta cultura de la exclusión, constituye una de las bases fundamentales para enfrentar creativamente los desafíos de la emergente sociedad».

¹⁴ Para un análisis de las relaciones entre jerarquías sociales y cultura véase S. Eisenstadt, "A Reappraisal of Theories of Social Change and Modernization", en *Social Change and Modernity*, editado por H. Halerkamp y N. Smelser, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Oxford, 1992. Para un análisis de la cultura política japonesa y la economía, véase K. von Wollenen, "Une nouvelle approche de la question japonaise", en *Regard Froid sur le Japon*, Notes de la Fondation Saint-Simon, Paris, 1990.

es muy alta. Por ejemplo, la noción de individuo en una comunidad campesina difiere de la de una unidad empresarial industrial, sin negar que un obrero tenga valores fuertes provenientes de la comunidad y que el campesino comunitario haya desarrollado un manejo racional y refinado en el mercado.

En el mismo sentido ambivalente, se pueden ejemplificar las percepciones acerca de la ley y

del otro en distintos espacios culturales de una misma ciudad, o incluso de una escuela.

En fin, el reconocimiento de éstas y otras dinámicas plantea a los latinoamericanos la oportunidad de comprender que aceptar los desafíos de una sociedad moderna, es aceptar los riesgos de la incertidumbre y sobre todo de la presencia del otro. Y, aún más, aceptar por fin que sin memoria no es posible una nueva historia.

SUJETOS SOCIALES Y FAVELAS

• *La favela carioca -símbolo de la pobreza en los '60- reaparece hoy día encarnando no sólo la persistencia de la pobreza, sino también una nueva exclusión: la sociedad fracturada, donde los derechos no se universalizan y las leyes y las normas sociales no se aplican de la misma forma para todos.*

La violencia en general, y la urbana específicamente, y la dimensión de tragedia social asumida por la problemática de la población pobre en los centros urbanos, se constituye en uno de los mayores impases colocados en

la sociedad brasileña contemporánea.

La relación de la problemática involucrada en esos campos representó, no apenas un desvendamiento brutal de nuestra realidad social, como también de los límites de nuestro proceso político-cultural o, en otras palabras, del nivel de civilización, que la sociedad pensaba haber alcanzado. Así, violencia y población urbana pobre estructuran hoy un campo de debate en el cual nuestra propia sociedad se ve problematizada y repensada, no sólo en su historia, sino también en cuanto a sus posibilidades actuales y límites futuros.

Toda la historia oficial y las representaciones acerca de la sociedad brasileña se venían estruc-

ANA MARIA QUIROGA
Doctora en Antropología,
Docente investigador,
Universidad Federal de Rio de Janeiro
FAUSTO NETO
Docente, Investigador,
Universidad Federal de Rio de Janeiro

turando en torno a mitos de una historia pacífica y de un carácter *cordial del brasileiro*. A pesar de la violencia y del tratamiento dado a nuestros indígenas de los siglos de esclavitud, de las formas violentas con que fueron tratadas la

desobediencia civil y las manifestaciones de insubordinación y revueltas populares de inicios de siglo, de las arbitrariedades de los diferentes períodos autoritarios vividos en este país, la sociedad mantenía una auto comprensión (o se pensaba) como pacífica, cohesionada y alimentada por creencias de un futuro progreso. Es más, una sociedad siempre muy sensible a ideales de modernización -accionados periódicamente como proyectos nacionales- se enfrenta con escenas de barbarie, y retratos de miseria social y humana que se pensaban presentes apenas en distantes países del tercer mundo o primitivos tiempos históricos.

Los diferentes episodios abarcando matanzas de

SUJETOS SOCIALES Y FAVELAS

• *La favela carioca -símbolo de la pobreza en los '60- reaparece hoy día encarnando no sólo la persistencia de la pobreza, sino también una nueva exclusión: la sociedad fracturada, donde los derechos no se universalizan y las leyes y las normas sociales no se aplican de la misma forma para todos.*

La violencia en general, y la urbana específicamente, y la dimensión de tragedia social asumida por la problemática de la población pobre en los centros urbanos, se constituye en uno de los mayores impases colocados en la sociedad brasilera contemporánea.

La relación de la problemática involucrada en esos campos representó, no apenas un desvendamiento brutal de nuestra realidad social, como también de los límites de nuestro proceso político-cultural o, en otras palabras, del nivel de civilización, que la sociedad pensaba haber alcanzado. Así, violencia y población urbana pobre estructuran hoy un campo de debate en el cual nuestra propia sociedad se ve problematizada y repensada, no sólo en su historia, sino también en cuanto a sus posibilidades actuales y límites futuros.

Toda la historia oficial y las representaciones acerca de la sociedad brasilera se venían estruc-

ANA MARIA QUIROGA
Doctora en Antropología,
Docente investigador,
Universidad Federal de Rio de Janeiro
FAUSTO NETO
Docente, Investigador,
Universidad Federal de Rio de Janeiro

turando en torno a mitos de una historia pacífica y de un carácter *cordial del brasilero*. A pesar de la violencia y del tratamiento dado a nuestros indígenas de los siglos de esclavitud, de las formas violentas con que fueron tratadas la

desobediencia civil y las manifestaciones de insubordinación y revueltas populares de inicios de siglo, de las arbitrariedades de los diferentes periodos autoritarios vividos en este país, la sociedad mantenía una auto comprensión (o se pensaba) como pacífica, cohesionada y alimentada por creencias de un futuro progreso. Es más, una sociedad siempre muy sensible a ideales de modernización -accionados periódicamente como proyectos nacionales- se enfrenta con escenas de barbarie, y retratos de miseria social y humana que se pensaban presentes apenas en distantes países del tercer mundo o primitivos tiempos históricos.

Los diferentes episodios abarcando matanzas de

Innumerables estudios en el campo de la comunicación (Imbert, 1992 - Muniz Sondré, 1977 - Rubin, 1993) han indicado que esa pretensión de transparencia de lo social y del monopolio del habla, tiene una gran cantidad de efectos sociales. No apenas forman el campo de la opinión pública, sino también operan la transformación de situaciones no experimentadas, pero solamente comunicadas a distancia (o telecomunicadas), en situaciones vividas, con todas las consecuencias en términos de movilización de emociones, sentimientos y conductas sociales.

Más allá de esto, una de las bases de la eficacia de este tipo de información (y formación de opinión pública) está en el hecho de que ella moviliza concepciones culturales y matrices de sentido común dominantes en la sociedad.

En el caso de Río de Janeiro, donde la pobreza tiene históricamente un locus urbano específico de concentración -las *favelas*-, las movilizaciones del imaginario colectivo fueron impresionantes. Las *favelas* acompañan la historia urbana y social de la ciudad desde el inicio de este siglo, pero su presencia, como una nueva forma de vivienda popular, sólo es consolidada décadas después, cuando ya comparece como una patología urbana y como *amenaza al orden social*, a la seguridad y a la salud de los barrios vecinos². El reconocimiento social de las *favelas* y su población pauperizada viene, pues, acom-

pañado de innumerables estereotipos que, históricamente y actualmente, pueblan el imaginario social de la ciudad.

Al ocupar ilegalmente un área, los *favelados* desconocieron o *pasaron por encima* de los estatutos de la propiedad privada, elemento básico de la jerarquía segregacionista del mercado y del poder económico. Al establecer otras formas de organización física y social, ellos ignoraron la disciplina espacial de la ciudad capitalista. Al mantener una heterogeneidad de hábitos, costumbres y tradiciones no compatibles con la moral hegemónica, los *favelados* construyeron reglas de sociabilidad, señalando que no se podría esperar

homogeneidad e igualdad de quien, como excluido y discriminado, no era tratado como igual. Si las *favelas* en Río de Janeiro -y en otras ciudades brasileñas- han representado siempre una presencia incómoda por la exposición pública de las inequidades características del conjunto social, hoy la presencia del crimen organizado y las dimensiones de poder por él asumidas, desafían la sociedad a repensar la realidad de sus relaciones sociales y las consecuencias de un proceso histórico (y actual) de profunda desigualdad y discriminación social.

LA FAVELA (Y LA POBREZA): SOMBRA Y ESPEJO DE LA CIUDAD DE RÍO DE JANEIRO

La ocupación de montes y *alagadas* por una población pobre, predominantemente compuesta por migrantes que llegaban a la antigua capital del país en busca de empleo se inicia en la entrada del siglo, pero su mayor incremento se da a partir de los años 30, coincidiendo con la expansión urbana e industrial de la ciudad. En 1948, el censo de *favelas* revelaba la existencia

«El reconocimiento social de las *favelas* y su población pauperizada viene, pues, acompañado de innumerables estereotipos que, históricamente y actualmente, pueblan el imaginario social de la ciudad».

² Las *favelas* constituyen un peligro permanente para todos los barrios a través de los que se infiltran. Su lepra ensucia a los vecinos de las playas y los barrios más graciosamente dotados por la naturaleza... su destrucción es importante no sólo desde el punto de vista del orden social y de seguridad, sino bajo el punto de vista general de la ciudad y de su estética. (Municipalidad del Distrito Federal, 1930 apud ABREU, 1988 -88-89).

de 105 asentamientos urbanos *favelados* con un total de 138.837 habitantes.

Aunque gran parte (44%) estuviera localizada en la zona suburbana, 22% en el centro/zona norte y 24% en la zona sur, éstas fueron las que tuvieron mayor visibilidad. Ocupando áreas contiguas a barrios de clases medias y altas, los *favelados*, aunque insertos en el mercado del trabajo³, eran considerados como una población ociosa.

"La vida allí encima es todo cuanto existe de más pernicioso: Imperan los juegos, la diversión irrigada de alcohol. Los ranchos, a veces con un solo compartimento, abrigan, cada uno, más de una decena de individuos, hombres, mujeres y niños en peligrosa promiscuidad. Hay personas que viviendo allí, pasan años sin venir a la ciudad y sin trabajos. La devolución de los «faveladas» a sus áreas de origen, la prohibición de construcción de nuevos "barracos" y la corrección de hábitos sociales y personales, son medidas importantes que se imponen al poder público" (Relatorio Moura, 1941 in Parise, 1969:63).

La eliminación de esos asentamientos urbanos, la expulsión de su población devolviéndola a sus regiones de origen o confinándola a espacios de menor visibilidad, son propuestas tomadas como solución para la incómoda presencia de esa pobreza que aún es considerada vaga, subocupada y, por lo tanto, despreciable.

Los intentos más radicales de eliminación de esos asentamientos vendrían en la década de los 60, cuando la ciudad vive un profundo proceso de reorganización de su espacio físico, para adecuarla a las exigencias de un patrón de acumulación que tiene en lo urbano su base de sustento y expansión. La especulación inmobiliaria, los intereses urbanísticos, la expansión de la

construcción civil, se chocan con los aglomerados de *favelados*. Estos, con fuerte poder de movilización política, insisten en defender sus áreas de vivienda ocupada en moldes que transgreden las normas vigentes de ocupación de suelo y la legislación y códigos que normatizan su utilización.

En ese período, el *favelado* es el pobre urbano por excelencia, figura llave de las teorías de marginalidad. A nivel académico, era considerado como un sujeto social que poseía una *forma específica de inserción en el sistema productivo*, donde la lógica estructural capitalista generaría inserciones productivas no típicamente capitalistas (Kowarick, 1977).

Mientras tanto, a nivel del imaginario social el espacio *favela* tiene "atributos muy semejantes a aquéllos asociados, décadas antes, al *córtico*: área insalubre, constituida de habitaciones precarias, verdadero cáncer necesitando ser extirpado del tejido social". (Valadares, 1991: 98). Esas imágenes que demandarían la presencia fuerte del Estado también cobran concesiones e intervenciones sociales, con el objeto de cohibir y reducir las consecuencias del resentimiento de aquéllos que viven el contraste entre riqueza y miseria.

Esas intervenciones vinieron, pues en el interior de las reorganizaciones urbanas se estructura el mayor programa de remociones de los *favelados* para villas y conjuntos habitacionales.

La política de remoción de las *favelas*, que se extiende desde 1968-1973, tuvo resultados objetivos muy reducidos: en el mismo período en que son removidas 80 *favelas*, la ciudad tuvo un aumento del 74% en el número de nuevas pequeñas *favelas* y 36,5% en el número de *favelados* (Valadares: 1991 - Abreu:1988).

Además del desgaste social y político en el enfrentamiento con las poblaciones -desgaste garantizado por el contexto político-autoritario de la época- lo que verificó, casi inmediatamente, fue la reconstrucción de la trayectoria *favela* -conjunto habitacional- *favela*.

Si como política específica de *limpieza urbana* la estrategia gubernamental de la remoción no tuvo los resultados esperados, otros procesos sí fueron desencadenados por ella:

³ Los censos de 1948 y 1950 indicaban que 43% de la población asalariada estaba ocupada en las industrias de transformación, predominantemente la Construcción Civil, 27 % en los servicios domésticos, 20% en el comercio y transportes, 10% en la administración pública (Parise, 1969).

- Primero, se reafirmó el autoritarismo como forma de enfrentar -por la extirpación- una cuestión social.
- Segundo, comenzó el decenio de la *favela* como espacio de habitación para el pobre urbano. Las *favelas* que escaparon de la remoción continuaron creciendo (y verticalizándose), aunque en ritmo menor¹. El destino más frecuente para los nuevos pobres pasa a ser las periferias de las grandes ciudades².
- En tercer lugar, la *favela* pasó a ser considerada una realidad urbana irremovible y, como tal, fue posteriormente tratada, aunque siempre considerando su *diferencia* (y subalternidad) en relación a las demás áreas de la ciudad. Son creados órganos y programas estatales específicos para el tratamiento de la cuestión *favelada* y se entregó a su población la gestión de los servicios y proyectos de modificación de sus condiciones de habitación y de vida. Si bien no hay programas de expulsión, las *favelas* continúan siendo foco de procesos de estigma y discriminación sociales

«Si las favelas siempre representaron la pobreza estigmatizada, hoy en día ellas encarnan los fenómenos que caracterizan la relación Poder-Exclusión en distintas partes del planeta».

muy profundos.

Más allá de esto, no siendo más objeto de acciones remocionistas del Estado, las poblaciones *faveladas* continuaron sufriendo un proceso silencioso de remoción, ahora motivado por otros mecanismos: los costos de permanencia (y mercado de alquileres) en aquellas regiones más valorizadas. Por otro lado, otro factor ligado a la dinámica de las acciones ilegales (básicamente el narcotráfico) pasa a tener como una de sus bases las *favelas* cariocas. Este constituye el dilema actual de los asentamientos *favelados*, cuya población debe convivir no sólo con las imágenes y relaciones sociales estigmatizantes impregnadas en el imaginario y en la práctica social de la ciudad, sino también con nuevas

formas de dominación y uso de la violencia organizadas y mantenidas en el interior de sus propias áreas.

Aunque puedan parecer procesos distintos, esas dos dimensiones poseen profundas relaciones: es la interiorización de una inferioridad histórica en la jerarquía social que da soporte y complacencia a esa nueva forma de dominación y poder.

LA FAVELA Y LAS NUEVAS FORMAS DE DOMINACIÓN Y PODER

Si las *favelas* siempre representaron la pobreza estigmatizada, hoy en día ellas encarnan los fenómenos que caracterizan la relación Poder-Exclusión en distintas partes del planeta. La presencia creciente del uso de la violencia en las relaciones sociales, el renacimiento de disturbios raciales movilizadas por líderes autoritarios, el apoyo dado por segmentos que ponen en evidencia matrices autoritarias y conservadoras, coexisten con el universalismo y la moderniza-

¹ En 1980, existían en la ciudad 376 *favelas* y 427 loteamientos irregulares de periferia, 60% de los cuales surgieron entre 1960-70. La población *favelada* que hasta 1960 había crecido en una tasa de casi 10% al año cae para 6,8% a. entre 1960-1970 y para 2,8% al año entre 1970-1980. (Valadares, 1991:103)

² El habitante de periferia pasa a tipificar el nuevo pobre urbano y su identidad tiene como novedad no apenas una forma de vivir -en loteamientos distantes y sin infraestructura- sino también nuevas formas de lucha por sus derechos de ciudadanía. Son ellos que durante el final de los años 70 y en los años 80, conformarán sujetos de los nuevos movimientos reivindicatorios (por saneamiento, equipamientos colectivos, transporte, etc) que eclosionaron en diferentes ciudades brasileras y que marcaron el escenario urbano y la literatura de las Ciencias Sociales en Brasil.

ción de las sociedades urbanas de este fin de siglo. Como en los países centrales "el desempleo en masa, persistente y crónico (...), el exilio en barrios decadentes donde escasean los recursos públicos y privados (...) y la creciente discriminación en la vida cotidiana y en el discurso público" (Wacquant: 1994: 21/22), conllevan una dualidad de la sociedad y son fenómenos que están en la raíz de toda una serie de acciones violentas y comportamientos colectivos considerados desviantes.

Allá, también, mezclando lo vulgar de la ciencia social, periodismo y sentido común, el avance de la violencia en los guetos y áreas pobres de grandes centros (americanos, ingleses y franceses) fue frecuentemente considerada por las sociedades como fruto del comportamiento delincuente y amoral de elementos inferiores, de la influencia del crimen organizado y de la economía ilegal de la droga u, también, el resultado de odios raciales e intergrupales. (Wacquant: 1994 - Dubet e Lapeyronnie: 1992 -Stoeke: 1993).

En los últimos años, las *favelas* de Río de Janeiro, vuelven a ser presencia constante en los noticieros por su condición de una de las bases de operación del crimen organizado en la ciudad. Además, la movilización de centenas de jóvenes cuyas formas de organización (gangs y bandas) y divertimento (bailes funks y presencia colectiva en las playas) son marcados por una agresividad de gestos, ritmos y relaciones sociales, que atemorizan y horrorizan a la sociedad carioca. Esta vuelve a reivindicar más autoridad y represión y a aclamar al Ejército como el único agente capaz de con-

trolar las áreas y asegurar la paz social en la ciudad.

El retorno a medidas de fuerza se fundamenta en el presupuesto de falta de un pulso fuerte, capaz, en este momento, de detener tanto la acción del crimen organizado como la complicidad de las poblaciones *faveladas* en relación a este agente de desorden.

Sin embargo, el análisis histórico de esos asentamientos demuestra que las *favelas* tienen como denominador común de sus relaciones con la ciudad, un profundo proceso de discriminación y estigmatización de su población, sumada a la vivencia periódica de acciones represivas que, bajo diferentes motivos, intentan controlar aquello que en cada etapa es considerado amenaza al orden. Así, la relación *favela*-ciudad ha sido marcada por un intento incesante de disciplinamiento; por una concepción histórica de ser local de concentración de una población no civil y atrasada políticamente; y por procesos de discriminación manifestados, entre otras cosas, por el tipo de presencia del Estado en esas áreas donde la violencia policial y

la precariedad de los servicios urbanos y sociales, constituyen algunos de sus indicadores.

La idea de que hoy el problema de las *favelas* está fundamentalmente anclado en la presencia del crimen organizado, y que la relación de la población con ese tipo de poder es una relación de pura sumisión a las arbitrariedades y al uso de la fuerza y de la violencia, puede satisfacer nuestros valores éticos (de rechazo a las actividades ilegales u de expansión del narcotráfico), pero es teórica y prácticamente incorrecta.

«Entender las bases sociales en que se asienta la convivencia de una población (urbanizada, con experiencia de lucha, con información y tránsito en espacios y valores universalizados) con determinado modelo de dominación, y la aparente sujeción a normas y costumbres arbitrarias, impuestas por la fuerza, es efectivamente un desafío».

De hecho, entender las bases sociales en que se asienta la convivencia de una población (urbanizada, con experiencia de lucha, con información y tránsito en espacios y valores universalizados) con determinado modelo de dominación, y la aparente sujeción a normas y costumbres arbitrarias impuestas por la fuerza, es efectivamente un desafío.

Nuestra hipótesis central⁶ es que la relación de las *favelas* con el crimen organizado, y el modelo de dominación por él mantenido, no se basa exclusivamente en la fuerza y en el miedo como tiende a ser presentado por los medios masivos de comunicación y por algunos análisis sociales. Es verdad que toda dominación se fundamenta en una relación social fuertemente asimétrica o desigual. Además, implica una reivindicación de legitimidad y un control de recursus socialmente valorizados, sin los cuales los dominantes no se sostienen. En ese sentido, toda dominación se ejerce mediante alguna especie de interacción entre las estrategias de los dominadores y la experiencia histórica, socio-cultural y de organización de los dominados. Intentar comprender esa interacción y las razones que llevan a las personas a la convivencia con tales tipos de relación es fundamental, no sólo como denuncia de prácticas inaceptables, sino también como búsqueda de su superación.

En primer lugar, diríamos que la experiencia histórica de las poblaciones *faveladas* con el poder y la autoridad, es una relación regida por una matriz autoritaria, asimétrica y de sumisión. Los datos indicados anteriormente sobre la relación de las *favelas* con la ciudad y con el poder estatal, son reveladores de una reactualización cotidiana y periódicamente fuerte en pedagogías de fuerza.

Además de esto, la justicia, la ley y los derechos,

son realidades distantes. Lo que se tiene como efectivamente presente es un sistema legal representado por prácticas policiales centradas en la fuerza y en el arbitrio como formas de imposición de su autoridad.

No es que los *favelados* carezcan de referencias institucionales y legales, nociones de derecho y ciudadanía.

Ellos las tienen, incluso, porque poseen detrás de sí toda una experiencia de lucha por la cual ellos, de alguna forma, se impusieron sobre la ciudad, obligando al Estado y a la sociedad a pensarlos como personajes integrantes del conjunto social y a pensar planes de acción para atenderlos.

Esa experiencia de pertenencia diferenciada (y subalternizada) si bien dio referencias, no potenció garantías de respeto a los derechos como regla de juego político ni seguridad de amparo legal y social contra el arbitrio y las experiencias de fuerza, sean ellas de orden público o privado. Así, más que un modelo de poder fundado en la justicia, en la generalización de intereses, o en el censo de responsabilidad pública, la experiencia histórica de los *favelados* está mucho más próxima a una cultura política desigual, de prácticas de justicia privada y de imposición de la ley del más fuerte.

En segundo lugar, existe la experiencia organizacional de las comunidades *faveladas*. Con perfiles diferenciados, desde la década de 1940 cuando surgieron las primeras organizaciones (Junta de Vecinos, Comisión de Luz y posteriormente Asociación de Vecinos), la experiencia político-asociativa de los *favelados* de Río de Janeiro es tal vez uno de los casos más extensos de organizaciones tuteladas. Acompañadas inicialmente por la Iglesia (a través de la Fundación León XIII), ellas tuvieron desde la década de 1950 una presencia sistemática de órganos gubernamentales que elaboraron normas y reglas de constitución, funcionamiento, finalidades y prestación de cuentas de las gestiones comunitarias.

La preocupación por el control de las asociaciones *faveladas* abarca toda su trayectoria, y sus dirigentes además de tener sus procesos electivos fiscalizados por órganos externos (Funda-

⁶ Las observaciones aquí presentadas son resultado de investigaciones junto a 15 Asociaciones de Habitantes de "favelas" (5 situadas en la zona sur, 8 en la zona norte y 2 en la zona oeste), además de entrevistas con técnicos de la Secretaría Municipal de Desarrollo Social adscritos en programas sociales en áreas "faveladas". Investigación titulada: Favela y Acción Profesional: Reexaminando el Trabajo Comunitario (1992-1994), financiada por CNPQ.

De hecho, entender las bases sociales en que se asienta la convivencia de una población (urbanizada, con experiencia de lucha, con información y tránsito en espacios y valores universalizados) con determinado modelo de dominación, y la aparente sujeción a normas y costumbres arbitrarias impuestas por la fuerza, es efectivamente un desafío.

Nuestra hipótesis central⁴ es que la relación de las *favelas* con el crimen organizado, y el modelo de dominación por él mantenido, no se basa exclusivamente en la fuerza y en el miedo como tiende a ser presentado por los medios masivos de comunicación y por algunos análisis sociales. Es verdad que toda dominación se fundamenta en una relación social fuertemente asimétrica o desigual. Además, implica una reivindicación de legitimidad y un control de recursos socialmente valorizados, sin los cuales los dominantes no se sostienen. En ese sentido, toda dominación se ejerce mediante alguna especie de interacción entre las estrategias de los dominadores y la experiencia histórica, socio-cultural y de organización de los dominados. Intentar comprender esa interacción y las razones que llevan a las personas a la convivencia con tales tipos de relación es fundamental, no sólo como denuncia de prácticas inaceptables, sino también como búsqueda de su superación.

En primer lugar, diríamos que la experiencia histórica de las poblaciones *faveladas* con el poder y la autoridad, es una relación regida por una matriz autoritaria, asimétrica y de sumisión. Los datos indicados anteriormente sobre la relación de las *favelas* con la ciudad y con el poder estatal, son reveladores de una reactualización cotidiana y periódicamente fuerte en pedagogías de fuerza.

Además de esto, la justicia, la ley y los derechos,

son realidades distantes. Lo que se tiene como efectivamente presente es un sistema legal representado por prácticas policiales centradas en la fuerza y en el arbitrio como formas de imposición de su autoridad.

No es que los *favelados* carezcan de referencias institucionales y legales, nociones de derecho y ciudadanía.

Ellos las tienen, incluso, porque poseen detrás de sí toda una experiencia de lucha por la cual ellos, de alguna forma, se impusieron sobre la ciudad, obligando al Estado y a la sociedad a pensarlos como personajes integrantes del conjunto social y a pensar planes de acción para atenderlos.

Esa experiencia de pertenencia diferenciada (y subalternizada) si bien dio referencias, no potenció garantías de respeto a los derechos como regla de juego político ni seguridad de amparo legal y social contra el arbitrio y las experiencias de fuerza, sean ellas de orden pública o privado. Así, más que un modelo de poder fundado en la justicia, en la generalización de intereses, o en el censo de responsabilidad pública, la experiencia histórica de los *favelados* está mucho más próxima a una cultura política desigual, de prácticas de justicia privada y de imposición de la ley del más fuerte.

En segundo lugar, existe la experiencia organizacional de las comunidades *faveladas*. Con perfiles diferenciados, desde la década de 1940 cuando surgieron las primeras organizaciones (Junta de Vecinos, Comisión de Luz y posteriormente Asociación de Vecinos), la experiencia político-asociativa de los *favelados* de Río de Janeiro es tal vez uno de los casos más extensos de organizaciones tuteladas. Acompañadas inicialmente por la Iglesia (a través de la Fundación León XIII), ellas tuvieron desde la década de 1950 una presencia sistemática de órganos gubernamentales que elaboraron normas y reglas de constitución, funcionamiento, finalidades y prestación de cuentas de las gestiones comunitarias.

La preocupación por el control de las asociaciones *faveladas* abarca toda su trayectoria, y sus dirigentes además de tener sus procesos electivos fiscalizados por órganos externos (Funda-

⁴ Las observaciones aquí presentadas son resultado de investigaciones junto a 15 Asociaciones de Habitantes de "favelas" (5 situadas en la zona sur, 8 en la zona norte y 2 en la zona oeste), además de entrevistas con técnicos de la Secretaría Municipal de Desarrollo Social actuantes en programas sociales en áreas "faveladas". Investigación titulada: *Favela y Acción Profesional: Reexaminando el Trabajo Comunitario (1992-1994)*, financiada por CNPO.

ción León XIII, Administraciones Regionales de la Municipalidad, Partidos Políticos), siempre fueron sometidos a entrenamientos y regulaciones de diferentes tipos.

Desde el punto de vista interno, tales organizaciones siempre desempeñaron un papel de agencia informal de normatividad, ejerciendo la función de *legalizar* y dar institucionalidad a aquello que el Estado y la sociedad consideraba ilegal, anómico y desorganizado. (Rodríguez: 1987: 12-13).

Además de esto, tuvieron un papel fundamental en la construcción de identidades colectivas de la población, en la lucha por la fijación en las áreas de ocupación (inclusive contra las políticas de remoción) y en todo el proceso reivindicativo por servicios urbanos y sociales, intermediando la relación entre las comunidades y el sistema (y órganos) político más general. Hoy, con variaciones entre las diversas áreas, los servicios urbanos necesarios para la vida de la población son, de alguna forma, por ellas regidos: la distribución de los correos, telefonía comunitaria, parte de la limpieza urbana y control de agua, además de ser una agencia de registro público para cuestiones ligadas a edificaciones y transmisión de propiedad inmobiliaria. Esas atribuciones dan a ellas la configuración de mini-municipalidades, donde el pragmatismo y la burocratización superan cualquier otra dimensión de movilización política.

Más allá de esto -con nociones de interés público frecuentemente apenas retórico y con una población para quien las reivindicaciones no se consolidan en derechos, pero son fruto de favores y concesiones- las asociaciones de habitantes se tornan también base de relaciones clientelistas y juegos políticos.

Así, presentes en casi todos los asentamientos *favelados*, las asociaciones son hoy desconocidas e ignoradas por parte significativa de la población. Muchos de sus dirigentes se eternizan en los cargos directivos estableciendo relaciones casi patrimonialistas con las entidades. La cali-

ficación burocrática y el dominio de la máquina pública pasan a ser las cualidades básicas de los dirigentes comunitarios en relación a los cuales la población guarda distancia y, frecuentemente, indiferencia.

De la experiencia asociativa algunas dimensiones merecen ser redimensionadas; en primer lugar, su condición básica de intermediaria entre la ciudad legal y sus servicios urbanos, y las *favelas* y sus servicios especiales. Esa articulación legal y no legal, o de un movimiento

entre esfera legal y esfera de las prácticas sociales, constituye una matriz siempre presente en el cotidiano de las asociaciones.

En segundo lugar, al recibir funciones públicas de administración de servicios, las asociaciones sufren importantes cambios no sólo en el sistema de intereses que representaban, sino en el tipo, naturaleza y ámbito de sus acciones políticas. Sus banderas de lucha fueron, pues, sustituidas por la administración de recursos y servicios siempre inferiores con relación a las necesidades y demandas de las comunidades. Además de desgastes internos, se asistió a un proceso

«Las asociaciones faveladas tuvieron un papel fundamental en la constitución de identidades colectivas de la población, en la lucha por la fijación en las áreas de ocupación y en todo el proceso reivindicativo».

¹ Es importante destacar que el proceso de burocratización de los Movimientos Sociales Urbanos en la década de los 80, no es un fenómeno específico de las *favelas* cariocas. Ocurrió en diferentes partes del país cuando, después de la reinstalación de los procesos electorales, la "participación popular" se constituyó en una estrategia de intervención junto a la población de baja renta tanto del área rural, como principalmente de las áreas urbanas. Las marcas que este tipo de

de despolitización de los conflictos y burocratización de las organizaciones⁷.

Con esto, ellas pasan a ser *presas fáciles* de intereses, los más deshonestos, sea de la política dominante (y sus políticos fisiológicos), sea de los poderes paralelos gestados en el interior de las diferentes *favelas*.

En relación a la esfera de poder representado por el crimen organizado o narcotráfico, muchos aspectos merecerían ser considerados. Lo que aquí interesa, entretanto, es su actuación en la construcción de la dominación interna de las comunidades, incluida evidentemente la búsqueda de legitimidad⁸.

El concepto de dominación tiene como elemento básico de su proceso de constitución el hecho de referirse a relaciones de desigualdad en la imposición y en el ejercicio del poder.

En ese sentido, la dominación puede cubrir un amplio campo de las fuerzas e instancias que abarcan las relaciones económicas y de clases que configuran una sociedad capitalista (la perspectiva marxista de constitución de las clases y de dominación burguesa), las relaciones interna-

experiencias imprimieron en las organizaciones populares fueron analizadas en diferentes estudios (Fausto Neto: 1993 - Talleres: 1987 - Braga e Barrera: 1991). En el caso específico de Rio de Janeiro y de sus *favelas*, ese proceso asumió algunas características específicas, dentro de ellas la *profesionalización* de los dirigentes comunitarios. Muchos de ellos, fueron integrados a los órganos gubernamentales como "funcionarios públicos a disposición de las organizaciones populares", lo que aumentó su identificación con la máquina gubernamental y su fisiologismo político.

⁷ Se debe distinguir aquí ese proceso de aquel que resulta del acceso al poder o a la titulación de los jefes o dueños del delito. Ese acceso huye al alcance de este trabajo y habla respecto de la dinámica de la acción criminal. Sus formas y contenidos apenas son conocidos por los efectos externos (y noticieros periodísticos) donde el uso de las armas y la "guerra de cuadrillas" se configuran como mecanismos básicos. Además de esto, sea por razones conectadas a la acción del crimen organizado, sea por la actuación de los órganos de control -hoy incluyendo la actuación de las Fuerzas Armadas-, los cambios de ese acceso han sido tan frecuente que los elementos indicados en la época de la investigación (Setiembre 93/febrero 94) corren, hoy, el riesgo de tener su validez reducida. En esta condición están las consideraciones sobre la vinculación de los jefes a las comunidades; su tránsito y conocimiento sobre los problemas del área, las posibilidades de acceso y relación de las comunidades con ellos. Además de esto, la intensidad en el cambio generó una tendencia a jefaturas cada vez más jóvenes y con corta permanencia en el poder.

cionales (teorías del imperialismo y de la dependencia entre países centrales y periféricos) y situaciones más particulares, como el campo de la relación entre grupos o entre géneros (Bourdieu; 1976-1986).

Además de esta demarcación más general, la dominación como concepto sociológico tuvo en la concepción Weberiana un contorno más específico cuando se refiere a la "probabilidad de encontrar obediencia entre los grupos sociales envueltos" (Weber; 1994) y de la "Reivindicación de legitimidad", que permitirá su mantenimiento y durabilidad más allá de la garantía obtenida por el uso de la fuerza o de la coacción.

Es verdad que para Weber la posibilidad del uso de la fuerza y de la coacción física está siempre en el horizonte del ejercicio del poder y de la asociación de la dominación en tanto asociación política⁹. Su propia concepción de Estado tendrá como marca el "monopolio del uso legítimo de la fuerza"¹⁰. Sin asumir todas las concepciones y particularidades de la reflexión weberiana, lo que es interesante retener son sus indicaciones sobre el contrapunto del poder y de la dominación, vale decir, la legitimidad por él buscada para su mantenimiento¹¹. Además de esto, otros autores como Thompson (1979) y More (1987) presentan importantes contribuciones en lo que se refiere a noción legitimidad, obediencia/desobediencia y límites de la relación de dominación. En el caso del ejercicio del poder del narcotráfico en las *favelas*, la posibilidad del uso de la fuerza (y principalmente de las armas), el arbitrio y la centralización de voluntades absolu-

⁹ "A una asociación de dominación denominamos asociación política cuando en la medida que su subsistencia y la vigencia de sus ordenes, dentro de determinado territorio geográfico, estén garantizadas de forma continua mediante amenaza y la aplicación de coacción física por parte del cuadro administrativo" (Weber; 1994: 34).

¹⁰ "Denominamos Estado cuando y en la medida en que su cuadro administrativo reivindica con éxito el monopolio legítimo de la coacción física para realizar los ordenes vigentes". (Weber; 1994: 34).

¹¹ "La legitimidad de una dominación debe naturalmente ser considerada apenas una probabilidad de, en grado relevante, ser reconocida y practicada en cuanto tal. Ni de lejos ocurre que toda obediencia a una dominación esté orientada primordialmente por esa creencia" (Weber; 1954: 104).

tamente personalizadas, la imprevisibilidad de comportamiento, configuran situaciones aparentemente destituidas de cualquier legitimidad, sociabilidad o acuerdos mutuos.

Sin embargo, lo que se puede observar en las favelas analizadas fue el ejercicio de dos grandes formas de relación de ese poder, en última instancia autoritario: la Relación con las comunidades en su conjunto, y la relación con sus miembros integrantes a nivel de cada área¹².

Con relación a las comunidades, se podría decir que el crimen organizado busca construir las siguientes formas de legitimación:

- La utilización de los llamados "hijos de la comunidad" (jefes nacidos y criados en las áreas);
- Las prestaciones de servicios asistenciales en situaciones de emergencia y tópicas (no asistencia generalizada, como frecuentemente se transmite);
- El patrocinio de actividades colectivas (Fiestas del Día del Niño, Día de San Cosme y San Damián y, en algunos casos, en el cumpleaños del jefe);
- Apoyo a grupos culturales (equipamiento de sonido o financiamiento de bailes funk);
- Préstamos de dinero y donaciones de bienes de necesidad inmediata (remedios, alimentos).

Todas esas acciones son direccionadas para la construcción de bases de apoyo y sostenimiento a su presencia y poder en las áreas. Ellas presentan características importantes de ser destacadas:

- Son puntuales (algunos dicen que "ellos sólo ayudan a los amigos"), pero dejan referencias para el conjunto de la comunidad.
- Crean y amplían internamente una fragmentación y una jerarquía (entre los *protegidos* y los otros) que fortifican diferencias y rivalidades.
- Siguen el modelo clientelista más general, además de accionar importantes mecanismos de *inmovilización por la deuda material o moral*¹³.

Actúan en vacíos dejados por el Estado y por la sociedad, entre ellos, el área de trabajo y recreación de los jóvenes pobres.

Entre tanto, lo más importante para ser destacado en la actuación del crimen organizado como instancia de poder, es la que se refiere al mantenimiento de la seguridad, de protección y *justicia* en el interior de las áreas.

Esta dimensión no es nueva. Fue identificada y descrita por Zaluar hace casi una década en su estudio original (1985) y retomado en otros de sus innumerables análisis (1994). Prácticamente todos los estudios sobre las áreas *faveladas* en Río de Janeiro y algunas en Sao Paulo sobre los habitantes de periferia (Sarti; 1994) indican esa forma de ejercicio de la autoridad ejercida por los *bandidos*.

¿En qué consiste el Trinomio Seguridad, Protección y Justicia que la población atribuye al poder ejercido por el narcotráfico en las favelas? Significa la protección de los habitantes contra las eventuales amenazas, robos, conflictos y desórdenes internos, además del arbitraje de situaciones en las cuales los habitantes se sienten indefensos. Evidentemente que tales atribuciones cubren una gama intensa de situaciones donde frecuentemente la simple referencia a "hablar con los hombres" -vale decir, la simple amenaza de una convocatoria al poder normalizador, por ellos ejercido- ya resuelve la cuestión de disputa. Tales intervenciones se refieren a relaciones de orden personal, entre familias, grupos sociales internos y en las relaciones con las asociaciones de habitantes. Esas que poseen la *representación legal* de la comunidad mantienen un tenso relacionamiento con esa otra forma de poder *de hecho* en el interior de las áreas.

Su condición de representantes de todos los

¹² Aquí también nuestras observaciones se refieren más específicamente a la relación con la Comunidad. La segunda está relacionada a la dinámica interna de constitución y mantenimiento de los grupos de operación y venta de drogas. Estos se organizan en base a criterios, normas de lealtades y deberes bastante rígidos, determinados por la dinámica interna de sus actividades que no serán aquí tratadas por no haber sido objeto de nuestra investigación.

¹³ Este mecanismo fue bastante estudiado como mantenimiento de los esquemas de poder y dominación en la historia de las desigualdades, con configuraciones empíricas distintas, pero dentro de la misma lógica "de la deuda que esclaviza". Ver Eslerci, 1994.

habitantes (como es definida por los dirigentes comunitarios al área comprendida por sus organizaciones) hace que ellos tengan que establecer constantemente estrategias de relación y negociación y, al mismo tiempo, estrategias de distanciamiento y huida¹⁴. Todas estas estrategias tienen como reconocimiento básico la existencia de una ley del más fuerte, representada por la posibilidad del uso de la fuerza y de las armas como forma de control social y de imposición de sus decisiones sobre el conjunto.

Para la población, a esa experiencia se articula otra de carácter más fuer-

te y arbitrario: la interferencia del sistema repressivo policial. "Aunque muy presente en las *favelas*, la institución policial no se considera capaz de ejercer el mantenimiento de un orden público que garantice niveles de seguridad mínimos. Por el contrario, en relación a ella se tiene una sospecha generalizada de amplias posibilidades de discriminaciones, arbitrios y comportamientos ilícitos" (Fausto Neto: 1993:156).

Tales sospechas no son imaginarias; son fundadas en la experiencia histórica y actual de las *favelas*. Estas viven constantemente bajo el espectro de invasiones policiales, encareclamientos para averiguaciones y acciones frecuentemente prepotentes.

En nuestra visión externa, podríamos establecer una equivalencia entre el uso de la fuerza y del arbitrio por parte del aparato policial y el desempeñado por el poder paralelo, representado por

«En nuestra visión externa, podríamos establecer una equivalencia entre el uso de la fuerza y del arbitrio por parte del aparato policial y el desempeñado por el poder paralelo, representado por los traficantes».

los traficantes. Esta no es, entre tanto, la visión de la población que tiende a considerar la intervención policial más arbitraria y prepotente,

frente a la cual se sienten más vulnerables e indefensos.

Es cierto que la policía representa un sistema de orden más general, en el cual la pobreza criminalizada se integra como infractora potencial.

Así, en tanto los sistemas locales de fuerzas saben distinguir quién está o no vinculado al ilegalismo, la acción policial actúa indiscriminadamente. La no distinción y el no reconocimiento de la diferencia, o el hecho de ser tratado injustamente como

infractor, son aspectos inaceptables, tanto en relación a la policía como en relación a cualquier otra esfera de la sociedad.

Moore (1987), analizando los sistemas de autoridad y las bases del llamado *contrato social implícito* entre gobernantes y súbditos, indica tres elementos básicos que garantizarían la legitimidad del poder:

- La obligación de protección;
- El mantenimiento de la paz y del orden;
- La contribución con la seguridad material.

En la sociedad moderna, ese contrato social mínimo sería tarea esencial del Estado. Sin embargo, la población *favelada* vive un contrato social excluyente, donde no sólo tales responsabilidades sociales no son cumplidas, sino que se actúa en sentido contrario.

Evidentemente que tal cuadro termina alimentando el apoyo a los esquemas locales de poder que encaran una especie de *justicia privada* más rápida, palpable y eficiente.

Como indica Porto, analizando la dominación y sus conflictos en la década de los 90 a la luz de los clásicos: "Brasil de los años 90 estaría próximo a lo que Durkheim definió como caracterís-

¹⁴ Son innumerables las situaciones relacionadas de intromisión de los "jeles" (del tráfico) en las Asociaciones. Frecuentemente, bajo pretextos de acción anti-corrupción, o ineficacia, los presidentes son presionados por procesos que van desde advertencia a la destrucción.

tica de la sociedad primitiva: predominio de una conciencia colectiva fuerte y que una vez ofendida exige reparación inmediata, de la cual se encarga el conjunto de los miembros de la sociedad. En este caso, y contrariamente al propagado por el discurso oficial, estaríamos caminando a pasos agigantados en dirección opuesta a la modernidad" (Porto; 1992).

Finalizando

La *favela carioca* -símbolo de la pobreza en la década de los 60- vuelve a la escena encarnando ahora no sólo la persistencia de la pobreza, sino también las señales de una nueva exclusión, característica de los años 90. No se trata más de medir los indicadores de (baja) renta o miseria, sino de considerar que la dinámica que se opera en el interior de esas áreas son señales de una sociedad fracturada.

En ella, los derechos no se universalizan y las leyes y normas sociales no se aplican de la misma forma para todos. Se engendró así la expansión del dominio del arbitrio, del acoso y de la ausencia de criterios sociales que vienen afectando los patrones societarios y desafiando las fórmulas socialmente establecidas y aceptables de acción política y ejercicio del poder.

Tal situación se agrava cuando la inestabilidad, inseguridad y precariedad de los vínculos con el trabajo se tornan no transitorios, sino más permanentes.

Con esto se rompe una de las identidades positivas fundamentales de la población pobre, que era su condición de ser trabajador. Esta era incluso la base de su diferenciación en relación a los llamados bandidos. Ahora, el rompimiento de esa identidad por los largos periodos de desocupación (aunque ocupados por estrategias

precarias e informalizadas de trabajo) arrastra a los trabajadores a un campo genérico donde también se encuentran aquéllos de los cuales ellos pretendieron diferenciarse. Aunque mantenida simbólicamente como valor, las bases materiales y sociales de la identidad del trabajador se diluyen, perdiéndose así referencias colectivas fundamentales. Su lugar en la sociedad se torna aún más fragilizado y dependiente, tanto por la solidaridad que consigue movilizar como por los recursos y apoyos cada vez más privatizado de la vida social.

Esta radicalización del orden privado y la inmersión en un mundo hegemónico por códigos particulares (sin alteridad y sin referencias colectivas), da margen a diferentes consecuencias sociales: el empobrecimiento de la experiencia colectiva; la pulverización de los sujetos sociales; el predominio de un orden moral (o moralista) en el juicio y comportamiento político; la ampliación de prejuicios y racismo, además de la conviven-

cia y complicidad con diferentes formas de autoritarismo.

En este contexto florece, se expande y gana dimensiones de legitimidad la autoridad ejercida por los poderes paralelos relacionados con el narcotráfico al mismo tiempo que decrece (o se esteriliza) la experiencia histórica de lucha de las Asociaciones de Habitantes y sus ideales políticos.

Cuando el Estado presenta para las *favelas* políticas casi únicamente represivas de control y combate al narcotráfico está, más de una vez, ignorando la complejidad inserta en la cuestión *favelada*. Tal vez porque las *favelas* cariocas representan hoy espacios de concentración del excluido moderno: "Aquel grupo social que es económicamente innecesario, políticamente in-

*«La favela carioca
-símbolo de la pobreza
en la década de los 60-
vuelve a la escena encarnando
ahora no sólo la persistencia
de la pobreza, sino
también las señales
de una nueva exclusión,
característica de los años 90».*

cómodo y socialmente amenazador, pudiendo por lo tanto ser (hasta) físicamente eliminado" (Nascimento; 1994).

Finalmente, las *favelas* cariocas vuelven a la escena, como representantes de un proceso de globalización que tiene, inherente a él, una territorialización segregada social y espacialmente, donde conflictos, desórdenes e ilegalidades son al mismo tiempo consecuencias y causas de fisuras en el tejido social, desencadenadas por desigualdades y estigmatizaciones históricas que fueron reactualizadas y potencializadas por los *nuevos tiempos*.

BIBLIOGRAFIA

- ABREU, M DE A. *Evolução Urbana do Rio de Janeiro*, 2da ed. Rio de Janeiro IPLAN Rio. Jorge Zahar Ed. 1988.
- BORDIEU, P. *La domination masculine*. Actas de la Recherche en Sciences sociales. Paris. 1986.
——— *Les modes de Domination*. Actas de la Recherche en Sciences sociales. N 2/3 Jun. 1976.
- BRAGA, G. - BARREIRA, I. A. F. (Org) "A política da escassez: Lutas Urbanas e Programas Sociais Governamentais". Fortaleza. Fundação Democracia Rocha. Sílva, Comunicações. 1991.
- DUBET, F. - LAPEIRONNIE, D. *Les Quartiers d'exil*. Paris. Ed. du Seuil. 1992.
- ESTERCI, N. *Escravos de Desigualdade: estudo sobre o uso repressivo da força de trabalho hoje*. Rio de Janeiro CEDI Konoma. 1994.
- FAUSTO NETO, A.M. QUIROGA "Os Centros urbanos e a internazao da violencia" in *Novos Paradigmas e Realidade Brasileira*. Belem UFPA/NEA. 1993.
——— "Revisando mecanismos autoritarios: as organizacoes de moradores da gestao de politicas publicas". in *Brasil Urbano: Cenarios da Ordem e da Desordem*. Rio de Janeiro. Notrya Ed. 1993.
- IMBERT, G. *Los escenarios de la violencia*. Barcelona. Icaria Ed. 1992.
- KOWAARICK, J. *Capitalismo e Marginalidade na América Latina*. Rio de Janeiro. Paz e Terra. 1995.
- MOORE, J. - BARRINGTON *Injustica: as bases sociais de obediencia e da revolta*. Sao Paulo. Brasiliense. 1987.
- MUNIZ, SADRE. *O Monopolo da Tala*. petropolis. Vozes. 1977.
- NACIMENTO, E. P. "Hipoteses sobre a nova exclusao social: dos excluidos necessarios aos excluidos desnecessarios". *Cavambú XVIII Encontro da AMPOCS*. 1994.
- PARISI, L. "Favelas do Rio de Janeiro: Avaliacao e Sentido". *Cadernos CENPIA/PUC RJ*: Rio de Janeiro. 1969.
- PORTO, M - GROSSI, S. "Dominacao e Conflito na década de 90: A contribuicao dos clássicos". *Serie Sociologia n/85*. Brasilia. UNB. 1982.
——— "Tecnologia e Violencia: algumas relacoes possiveis". *Cavambú, XVII Encontro Anual AMPOCS*. 1993.
- RODRIGUEZ, J.A. "Cultura de violencia: un estudo de caso". *Aguas de Sao Pedro, XI Encontro Anual AMPOCS*. 1987.
- Rubin, A.A.C. *Comunicacao, Política e Mal Estar da/na modernidade* in *Novos Paradigmas e Realidade Brasileira*. Belem UFPA/NAEA. 1993.
- SARTI, C. "Cultura Europeia: uma nova retórica de exclusao?". *R.B.C.S. n/22 Ano 8 Junho 1993*.
- TEILLES, V. "Pobreza y cidadania: precariedade e condicoes de vida" in *Terciarizacao: Diversidade e Negociacao no mundo do trabalho*. (org.) Heloisa N. T.S. Martins e José Ricardo Ramalho. Sao Paulo. HUCITEC/CEDI. Nets. 1994.
- THOMPSON, E. *Tradición, Revuelta y Conciencia de clase*. Barcelona. Ed. Crítica. 1979.
- VALADARES, L.P. "Cem años pensando a pobreza" in *Corporativismo e desigualdade: a construcao do espaco publico no Brasil* (org) Renato Buschi. Rio de Janeiro. IUPERJ/Rio Funko. 1991.
- WACQUANT, L. "O retorno do recalcado: violencia urbana. Racae Dualicao em tres sociedades avancadas". *RBCS N/24. Ano 9 Sao Paulo*. AMPOCS. Fev. 1994.
- Weber, M. *Economia e Sociedade: Fundamentos de sociologia comprensiva*. Meil. Brasilia. (DF). UNB. Ed. 1994.